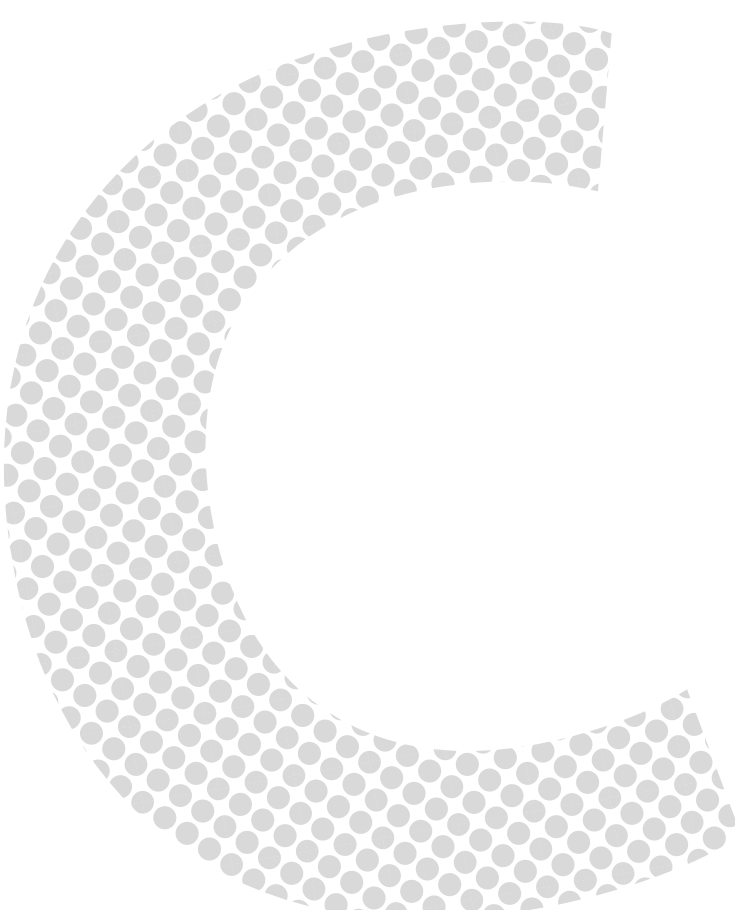


Contradicciones discursivas en el imaginario dominicano del siglo XIX

Catharina Vallejo

Profesora emérita. Universidad de Concordia, Montreal.



El proceso de «descolonización» ocurrió en muchas regiones de América Latina en el siglo XIX y —con frecuencia después de una lucha fuerte— generalmente llevaba a la independencia política, o sea a la creación de una nación. A partir de un resultado tan duramente obtenido, los intelectuales hispanoamericanos sentían la necesidad de definir lo que eran y, sobre todo, lo que debían ser las nuevas naciones, discursos que se centraban en las personas que habitaban el tiempo y el espacio comunes del territorio patrio. Los textos públicos —periodísticos, literarios, paraliterarios o metaliterarios; circulados, o presentados en el teatro— afirmaban, negaban o prescribían lo que los escritores veían como las cualidades de sus conciudadanos. El género es una categoría fundamental del pensamiento occidental, fundado —desde hace milenios— en conceptos binarios, y se ha insertado sistemáticamente en todo quehacer cultural y político. En el siglo XIX ocurre así, con insistencia, en la formulación de la identidad de los sujetos de las nuevas naciones hispanoamericanas.¹

Este trabajo examinará algunas obras de escritores de República Dominicana (RD) en esa centuria, para descubrir cómo en cada una de ellas se presenta de manera particular la visión que de «la mujer» se construía en esa identidad nacional, más allá de los estereotipos tradicionales del imaginario colectivo. La constitución de ella se formula en la lírica, la narrativa y el teatro, así como en discursos y ensayos periodísticos, e incluye la explicitud de muchas de las dimensiones entonces relacionadas con lo femenino: la amada, virgen y bella; la madre, abnegada y centro

de la familia (categorías que constituyen lo prescrito y lo emblemático), la naturaleza barbárica (lo oscuro y temido), la maestra y la poeta (lo permitido), y la «mujer política» (lo proscrito). Sin embargo, los recursos discursivos utilizados —mitificación, alegorización, narrativización— revelan una variedad de detalles que matizan y contradicen de manera sutil tales estereotipos. El concepto de la identidad femenina en esos discursos opera en los ejes del tiempo —pasado y futuro— y del espacio —casa y comunidad/nación— con una marcada preferencia por el primero y, dentro de él, por un imaginado pasado homogéneo y estable.

Como en otros países hispanoamericanos, casi todos los hombres que estaban involucrados en la gobernación de RD, a lo largo de los cincuenta y cinco años de república en el siglo XIX, eran intelectuales también participantes en la vida cultural y periodística.² Es importante recordar que las representaciones discursivas —de las mujeres en este caso— son históricamente constituidas y estructuradas en relación con intereses específicos. Así, los textos del siglo XIX con frecuencia se proponen como un intento de legitimación de la identidad y del origen de la colectividad nacional, y en general se articulan en torno a oposiciones binarias muchas veces explícitamente formuladas. El discurso nacional dominante, formulado por y para el grupo hegemónico, es propuesto como modelo apropiado por ese grupo y opera como movimiento centrípeto que intenta establecer un centro único, originario y estable (Ovares *et al*, 1993: 8). Se trata de instaurar un dominio homogéneo —una sociedad sin clases, racialmente unida y estable a través del tiempo (Anderson, 1983: 7)— a partir de textos que articulan elementos heterogéneos y que por tanto se muestran contradictorios en las particularidades de su expresión; de ahí las «bellas mentiras» (*beautiful lies*), como llamara Althusser (1971: 163) a las ideologías dominantes. Queda claro que la pequeña elite del país —hispanófila y anexionista, romántico-liberal y positivista-progresista— se sentía guía del pensamiento del pueblo, y así eran los valores que formulaban y promovían en los textos (Goldmann, 1964; Althusser, 1971; Foster, 1990).

En RD esas «bellas mentiras» se aplican a cuestiones de raza³ y también de género. En los textos analizados estas —refiriéndose a lo que insistente y genéricamente se llamaba el «bello sexo»— resultan contradictorias no solo con respecto a la realidad externa sino también con otros textos, y aun internamente. Es precisamente en los intersticios o las interrupciones de los conceptos establecidos —autorizados y racionalizados— que surge una dinámica de significación cultural (Bhabha, 1990: 4), la que ofrece un cuadro más completo de la identidad nacional y, en este caso, del papel de las mujeres en ella.

La República Dominicana del siglo XIX ofrece un conjunto de circunstancias que la definen como muy particular ante otros países hispanoamericanos. Después de una colonización española de más de trescientos años, Haití ocupó todo el territorio de la isla desde 1822 hasta 1844, cuando se pudo crear la república independiente. En ese siglo, el país se caracteriza por una inestabilidad muy grande, que presenta luchas intestinas; incursiones extranjeras; caudillismo, anexionismo; conflictos regionales, ideológicos y económicos; situaciones particulares que se manifiestan en la producción cultural discursiva. Las oposiciones articuladas se expresan como lo público y lo privado, lo propio y lo otro, la libertad y la opresión, el progreso y la tradición, la civilización y la barbarie, lo indígena y lo hispánico, Norte y Sur, tabaco y azúcar, el orden y el caos, el hombre y la mujer, muchas de ellas permeadas por lo genérico. Esas oposiciones surgen de la percepción de los eventos históricos por parte de la elite hegemónica y, aunque a menudo explícitamente formuladas, aun en términos absolutos, resultan falsas en las heterogeneidades de los textos particulares que son, efectivamente, mucho más matizados y ambiguos.

En la segunda mitad del siglo XIX, RD se distingue por la convivencia ideológica de las corrientes romántica y positivista —aquella con una visión hacia el pasado y esta, hacia el futuro— cuyos elementos sirvieron para fortalecer el concepto de nación en un contexto político en el cual los intelectuales destacaron el papel de la mujer. Este proceso de definición identitaria se aplica con más insistencia a las mujeres que a los hombres, en un intento de prescribir el modelo de la mujer ideal para la nación dominicana y en una marcada separación (léase diferenciación jerárquica) de los géneros.

El eje del tiempo ocupa un lugar primordial en la producción textual del primer florecimiento de la literatura dominicana, que ocurre entre 1877 y 1882. Esta tendencia se instituye como modelo y, de ahí, presenta rasgos más bien emblemáticos y homogeneizantes. Mientras en ella el tiempo presente está solo implícito, se realza con énfasis el pasado y el futuro, que se complementan: el ayer está glorificado como base de toda la vida dominicana, y el futuro se proyecta como una esperanza para una vida mejor. En ambos casos la conceptualización de la mujer ocupa un lugar dominante y explícito, sobre todo como madre: mártir de la raza perdida del pasado y educadora de las generaciones venideras. Se quiere construir entonces una imagen explícita de «la madre dominicana» que pueda servir como modelo y símbolo de la «madre de la patria».

El pasado

Abundan poemas que glorifican el pasado precolombino, que se plasma como mito de origen. Es notable el hecho de que falten referencias al pasado de la historia colonial; se ha querido borrar de la memoria, así como los 22 años de ocupación haitiana. El pueblo dominicano, como todos, ha ido construyendo su historia con la narrativa de una serie de sucesos selectivamente rescatados de la memoria.⁴

Las mujeres indígenas tienen un papel importante en la constitución del germen literario-histórico del pueblo dominicano, que toma dos formas: se las presentaba, en la literatura del romanticismo, como vírgenes bellas, o madres; o como víctimas, sacrificadas en aras de la emancipación nacional. Los intelectuales del siglo XIX no veían contradicción entre su admiración por las indígenas levantadas contra los españoles en la época de Colón y su propia galopante hispanofilia. El recuerdo de la ocupación haitiana, así como el eterno peligro de una invasión por parte de la nación de habla y cultura francesas hicieron que los dominicanos quisieran definirse como no-haitianos, insistiendo en la lengua y la cultura hispánicas.⁵

Por otro lado, la necesidad de tener héroes nacionales —o heroínas en este caso— los instó a construir modelos unisémicos de figuras lejanas que se pudieran considerar como emblemas de ancestros perfectos, aunque fueran de otra raza. Se destaca específicamente la cacica Anacaona, personaje histórico traicionadamente asesinado por las fuerzas españolas en 1503. Se la propone dotada de las cualidades que se le adscriben a la mujer ideal, según las normas de la visión «trinitaria» europeizante en Hispanoamérica; es decir, amada, esposa fiel y madre. En 1880, Salomé Ureña —la poeta dominicana de mayor relieve del siglo XIX— dedicó un largo poema épico a Anacaona. Sobresale el hecho, sin embargo, de que este poema la configura simultáneamente en los tres aspectos de la mujer que se promovía en el imaginario discursivo, conjunción muy poco común en la producción literaria de otras regiones hispanoamericanas. Como amada, virgen y bella, Ureña (1989) la describe con la terminología común a sus descripciones en la literatura hispanoamericana:

*Como la palma de la llanura
su talle áiroso moviendo esbelta,
en largas ondas al aura suelta
la cabellera negra y sutil,
joven y hermosa, feliz recorre
los campos ricos de la Maguana
una graciosa beldad indiana,
más que otra alguna noble y gentil.* (179)

La calidad maternal de Anacaona, por otra parte, es subrayada repetidas veces; por ejemplo:

*Sobre la niña dormida,
conmovida*

*tiende mirada de amor;
y lentamente murmura
con ternura
su cántico arrullador.* (201)

Anacaona sirve entonces como constructo ideológico de la mujer hispánica perfecta. Ha perdido su particularidad, su raza y su historicidad. Y así como ella, otras mujeres indígenas —Iguaniona (de la obra epónima de Javier Angulo Guridi) y las Toella, Vanahí, Flor de Palma y Vaganiona (cantadas por José Joaquín Pérez en sus *Fantasías indígenas*)— son todas representadas de acuerdo con los cánones de la literatura romántica occidental, que las presenta como blancas, europeas, bellas y vírgenes como amadas; y fieles y abnegadas como esposas y madres. A pesar de la individualidad sugerida por el nombre, esas aborígenes siguen siendo «la mujer», abstracción idealizada y esencializada; apropiación por parte de los hombres que se concebían como blancos.

El mismo cuadro se presenta en la novela histórica *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván (1966),⁶ en la que las mujeres sirven de apoyo en el matrimonio que se instituye como la pareja modelo y origen de la nación. Mencía —mestiza, y por cierto nieta histórica de Anacaona— es descrita como «fiel reflejo de las bellas facciones de su padre, aquel gallardo mancebo español, muerto en la flor de sus años» (15).⁷ Así Galván —reconocido hispanófilo, embajador a favor de la anexión a España en 1861— propone como el modelo de la madre dominicana a una indígena que tiene las cualidades admiradas por la elite de la RD del siglo XIX; cualidades de mujer europea: pudorosa, discreta, bella, amante y abnegada hasta la muerte.

Para completar el modelo de la mujer como madre y origen de la patria, se presenta a las mujeres, en el eje del tiempo pasado, como víctimas propiciatorias, encarnación de los indígenas desaparecidos de la isla a causa de la conquista española. Iguaniona es «la virgen heroica, la mujer sublime que lleva encarnado en su destino el destino de su patria [...] el instrumento de la redención de una raza inocente», según escribe José Joaquín Pérez (1953: XIII-XIV) en el prólogo a la obra de Javier Angulo Guridi. En un acto de apropiación nacionalista, «su patria» llega a ser la República Dominicana, y la mujer indígena se instituye como modelo de «la mujer» dominicana, en una prescripción del sacrificio necesario para construir un pueblo redimido. La mitificación de las indígenas llega a constituirse en divinización; se convierten en redentoras de la patria en una aproximación simbólica al redentor divino de la religión católica, símbolo de lo perfecto humano. En una unión de lo genérico con lo heroico, ocurre aquí una feminización del héroe originario que salva

la patria, papel que conlleva el sacrificio absoluto, este sí tradicionalmente adscrito al género femenino. Las indígenas son completamente absorbidas en el ser dominicano, que se define como español y masculino. En general, entonces, los elementos heterogéneos a la cultura —lo indígena en este caso y, se puede añadir, lo femenino— se integran al pensamiento dominante sin modificar de modo significativo la estructura simbólica que regía en la época y que se basaba en normas europeas, en una sociedad que ya nada tenía de indígena y en una raza que sí tenía mucho de africana.

La contradicción es todavía más neta, ya que desde 1550 el indio había desaparecido de la realidad dominicana como entidad cultural y étnica. En cambio, casi desde 1500 se había establecido la raza negra de tal manera que para la segunda mitad del siglo XIX la población era mayormente mulata, sobre todo fuera de los centros urbanos. Este hecho es ignorado en la literatura dominicana del siglo XIX y —dicho sea de paso— en gran parte del XX. José Joaquín Pérez (1989), en «A Etnaí» (243), es el único escritor que se refiere a la mujer negra, haciendo una comparación implícita con la blanca en los siguientes versos: «¡No es la bella Etnaí tímida corza/ humilde oveja, ni paloma mansa/ sino altiva leona de Numidia/ y de Guinea indómita jirafa!». Es un poema bastante explícito en cuanto a los elementos corporales de la «joven negra», lo que no se permitiría en poemas dedicados a una joven blanca: «En la curva turgente de su seno/ los dos globos artísticos resaltan/ cual en las negras sombras de la noche/ las radiaciones de la Vía Láctea» (242). Se indica así la inferioridad de la raza negra, a la que se puede describir en términos físicos con impudencia.⁸

Otra época significativa del pasado dominicano son las luchas por la independencia de los años 1843-1844, de cuyo rescate literario posterior, por parte de los escritores del siglo XIX, las mujeres están casi ausentes. Es sabido que varias participaron activamente en las contiendas —de distintas formas— pero sus acciones no han sido preservadas de manera simbólica; no se han instituido como modelos de la identidad femenina nacional en los escritos de la época. La notable excepción son unas breves líneas en el poema «27 de febrero», escrito por Josefa Antonia Perdomo (1885: 229), versos que alaban la participación de algunas en la lucha armada.⁹ Esa ausencia de lo histórico reciente se empareja con la del eje temporal presente. La época de la independencia estaría demasiado cercana a los tiempos de los escritores (algunos de los cuales fueron participantes en las intrigas y luchas por libertad), y «la mujer» de ese momento se podría convertir en las mujeres conocidas y aun presentes: heterogéneas, contradictorias y muy poco perfectas.

El futuro

El otro extremo del eje temporal lo constituye el futuro. Los escritores dominicanos de la época bajo consideración vivían envueltos en un ambiente ideológico en parte positivista. Este pensamiento tiene como precepto central para el orden y el progreso la necesidad de la colectividad social, y privilegia el presente y el futuro sobre el pasado. Los poemas «La gloria del progreso» y «La fe en el porvenir», de Salomé Ureña (1889); así como «La industria agrícola» y «Ciudad nueva», de José Joaquín Pérez (1889), ilustran esa ideología. La educación tomaría un papel importante en este progreso futuro. A partir de 1875 se publica un sinnúmero de escritos periódicos que abogan por la educación de la mujer. Entre ellos, Salomé Ureña (1989) escribe, en 1887, el poema «Mi ofrenda a la patria» (274), con motivo de la certificación de las primeras maestras dominicanas —en la Escuela Normal, fundada por ella bajo el tutelaje de Eugenio María de Hostos— en el que anima a la mujer a educarse para poder educar a sus hijos; es decir, «para ser del hogar lumbrera y guía». La función de maestra se concebía como una extensión natural de ser madre, y en el poema queda limitada al hogar. En este mismo acto de certificación, César Nicolás Penson (citado en Rodríguez Demorizi, 1960) se admiraba de que estas nuevas maestras, modelos de las mujeres del futuro, «no hablaron [...] como regularmente hablan ellas [sino] en forma nueva, en estilo agradable y lenguaje libre de incorrecciones groseras» (200). «La mujer» se define por la ausencia de ciertos rasgos considerados comunes al género y vistos como negativos en el balance de la jerarquía genérica de la diferencia.

En su poema «La gloria del progreso», que data de 1873, Salomé Ureña presenta una lista de profesiones de la cual está ausente la mujer: «contemplad [...] al que [...] se desvela [...] indagando la ciencia [...] el hábil arquitecto [...] el incansable obrero [...] ved [...] al que tenaz horada las montañas» (77). El presente de indicativo en estos versos señala que la actividad de los hombres tiene lugar en su contemporaneidad. En la sociedad de los intelectuales positivistas, «ellos» (los profesionales) forman, según Ureña, «la vanguardia del progreso» (78), en el que ya están trabajando. La educación de las mujeres es un proyecto para un futuro por conseguir, en el que sus hijos tendrán el mando de la República, para instaurar el orden social ideado por el pensamiento positivista, en el que las mujeres tenían poca cabida (Ferré, 1938). Las dominicanas, así, tendrán su función después de haber sido educadas para corregir las fallas que la naturaleza ha dejado en su carácter y en su constitución psicológica. Es la presencia masculina la que define el presente, y las mujeres están ausentes de él; su presente y su presencia

El discurso periodístico y literario dominante y hegemónico sobre las mujeres —sobre todo hacia finales del siglo XIX— es un anacronismo en la realidad dominicana, en la que ellas participaban plenamente en los campos de la educación y la cultura.

involucran rastros tanto del no presente como de la no-presencia. En el programa positivista, la mujer queda postergada a otro tipo de sociedad; ella es potencia del futuro o, como lo expresara Hostos (1939) «germen de la nueva vida social» (9). Este acto de aplazamiento —dimensión temporal— y desplazamiento —dimensión espacial— constituye a las mujeres dominicanas del presente como de la *différance*, ausentes de la sociedad de su propio tiempo. Ellas no son «lo propio» sino «lo otro» distribuido en lo propio. El discurso identitario dominicano enfatiza la diferencia (que es jerárquica) entre los géneros, y la *différance* (que es dinámica) en lo temporal, para no autorizarles un papel significativo a las mujeres del presente, a estas se las definirá a partir del eje del espacio.

El «Drama original en tres actos...»¹⁰ *Amor i expiación*, publicado por Francisco Gregorio Billini (1882) —quien fue presidente de la República de 1884 a 1885—, sirve de puente en la dialéctica de los ejes espaciotemporales del tema identitario, y permite vislumbrar otras contradicciones al discurso homogeneizante. Una primera lectura ofrece una comedia de honor, estilo siglo XVII español, cuya «acción tiene lugar en Santo Domingo», según la portada. La trama gira en torno a Elvira, que se ha dado a su prometido Roberto; este, sin embargo, se ausenta porque «era pobre» y al parecer la abandona (26). Ella lo sigue esperando, y rechaza al conde Gil de Olivares, un «noble, español i muy fino» (22), según don Diego, padre de Elvira, que insiste en el matrimonio. Una segunda lectura de la obra hace patente que cada uno de los personajes —que también incluyen a un cura, militares y sirvientes— representa un elemento de la sociedad de RD. El texto así se constituye en alegoría, otra de las formas discursivas utilizadas para simbolizar a la mujer dominicana, forma que ya Dante indicó como una de las «bellas mentiras»¹¹ de la expresión discursiva. Esta dinámica sitúa la dimensión temporal en la época de la anexión a España, durante los años 1861-1865. Con las eternas discusiones y luchas intestinas referentes a la posible anexión de la República,¹² la cuestión de un «matrimonio» del país dominicano con un poder otro —rico y noble— era un tema siempre actual. Elvira es la única que se identifica explícita y orgullosamente como dominicana, y eso frente al conde español, el que igualmente se reconoce como tal y se establece así la confrontación.

Como toda alegoría lograda, la lectura del nivel textual tiene su propio significado, aquí se caracteriza a la mujer según las pautas del estereotipo del código de honor: don Diego acusa a Elvira de ser la causa de su deshonra; la mujer es declarada frágil (18), inconstante (47), de suerte triste y sufrida (32, 40), avara al querer casarse con un hombre rico (55), etc. Sin embargo, en el ambiente histórico «presente» —la alegoría—, Elvira se muestra muy otra; se la revela como una muchacha inteligente, que ve claramente que el conde es «mezquino, cobarde, un don Juan Tenorio» (35); ella es de una pícara ironía hacia el conde («Delicado i caballero,/ merecéis mejor fortuna./ Buscad, conde, otra mujer/ que más digna sea de vos» [41/42]), y aun capaz de ataque verbal directo: «Señor conde, sois un necio» (47). El carácter intrínsecamente doble y temporal de la alegoría permite atribuir una dimensión simbólica al texto primero —nivel de la expresión— el que tradicionalmente se esfuma en cuanto se descubre el concepto detrás de lo literal; el nivel de la idea, siempre privilegiado en el pensamiento occidental. En el texto de Billini el nivel primero refiere a una comedia de honor, característica de lo español, nacionalidad que aquí se quiere negar a favor de la dominicana. Así, frente a la insistencia de la vieja elite ambiciosa e hispanófila —representada por el padre de Elvira— que la «quiere sacrificar» (32) al poder extranjero, la joven expresa la identidad nacional al esperar su rescate por el humilde dominicano, evento que ocurre al final de la obra en un desenlace feliz.

Aparte de esta alegoría de doble tiempo, el eje del presente se da en el discurso identitario dominicano sobre todo como espacio y, con respecto a las mujeres, específicamente en las áreas definidas para ellas: la casa y el huerto. La primera novela escrita en República Dominicana, *El monterero*, de Pedro Francisco Bonó (1989) —gran pensador y político del Norte de la República—, realza explícitamente los valores tradicionales para la mujer dominicana. En esta obra encontramos el conjunto de oposiciones progreso-tradición y centro-periferia;¹³ se proponen la estabilidad de la casa, del hogar, con la familia como centro del progreso, en oposición a la vida peripatética del monterero. Bonó fustiga —a veces de manera acerba— el pasado, mediante una crítica a las costumbres del campesino, caracterizándolo como aficionado a «la tradición, el aguardiente y... siempre un sable a su lado» (90). Según Bonó, el progreso del